

La Regata

El Torneo Interno, culminaba con las regatas, que otorgaban un gran puntaje. Todas las clases largaban juntas, en el Canal Principal, frente al Puesto 2, hasta el Club regatas. Una especie de barlovento-sotavento, encamisada por el astillero al sur y las selváticas costas isleñas al norte, que generaban importantes socaires y reflujos ventosos en sus orillas.

Los cadetes, en multitudes bulliciosas se agrupaban por promociones formando hinchadas de estilo muy futbolero, alentando a las dotaciones como si valiera la garra en el yatching. Las clases eran las propias de la flota del colegio: grises y pesadas balleneras de casco a tingladillo y aparejadas a queche (afortunadamente ya de fibra de vidrio, velas de nylon y aparejo latino, los viejos cascos de madera y vela tarquina de lona colgaban a la pendura en los aparejos del muelle, emulando la banda de un acorazado) con cinco o más tripulantes, los azules Polaris de un palo y tres hombres y finalmente los verdes Penguins de madera para dos. En función de los barcos en servicio, se distribuían para formar los equipos de cada año y se identificaban con los colores o gallardetes de cada promoción. La nuestra ataba a un obenque una musculosa de rayas verticales blancas y negras, nuestra pilcha.

El calendario debía cumplirse, el certamen llegaba a su fin y tenía que culminar antes de la fiesta del cadete, no había margen. Poco importaba el pronóstico mentiroso (¿existía entonces?) y la densa flora ribereña impedía ver el premonitorio horizonte platense.

A todo trapo, con fervorosas demostraciones de aliento desde la alameda (curiosa alameda de plátanos), y gestos aguerridos de los mejores nautas de sus camadas, sonó la sirena de largada desde la lujosa y humeante lancha del Director. El Chule, Chiesa y Wrotniak, conformaban con un Oficial, la variopinta Comisión de Regata, que lucía oronda en los trancaniles de la embarcación de albos hierros, madera lustrada y bronce pulidos, que perdurara en nuestras aguas prolongando la historia de algún antiguo viejo monitor de la Escuadra de Río.

El toque señorial lo daba el Mago Chiesa, que lucía el uniforme de profesor, que para ciertas ocasiones de importancia ornamentaba con un saco azul con escudo dorado de algún club náutico señero. El Chule, viejo Suboficial Mayor, venido a Instructor de marinería, vela y remo, otorgaba al conjunto el carácter duro y adusto de los viejos lobos de mar, que había adquirido en la flota de carbón de los cruceros y destructores clase Buenos Aires y de los más nuevos a vapor clases Fletcher y Guering; grande, fornido, de voz intensamente grave, siempre aumentada por el abollado megáfono de chapa galvanizada incrustado en su manota callosa de picaretas y virutas, grandes bigotes blancos de punta alzada y cuero curtido por el sol y la sal. El apolíneo Wrotniak era la cara más joven y deportiva, su tradición era el handball y descubría la vela como una aventura, en su aún juvenil espíritu.

La formalidad castrense debía darla el desalineado teniente Ezcurra enfundado en su traje y gorra gris de diario. Asiduo tripulante del Fortuna, era un gran navegante pero no transmitía un aspecto muy militarmente arranchado.

El Caño, el Gallego y yo representábamos a los nuestros el Polaris. Tarea nada fácil frente a la avezada dotación que lideraba Von Wernich de la XXVIII. Ese era el escollo, lo mismo para el Piedra y Veccia, que en Penguin enfrentaban a Montes. Ballenera no contaba mucho, era un amontonamiento del rezago náutico.

La pierna de ida, al reach, fue muy peleada, por paño y casco, los Polaris liderábamos la flota y la XXVIII nos aventajaba por bastante. Acosados por 5º año en el tercer lugar, nos debatíamos en el dilema de orzar más o ir más rápido derivando.

Ya llegando al viraje de la boya de Propulsora, pasando el Regatas, las lejanas nubes del naciente, estaban sobre nosotros y a una calma transitoria, siguió una rápida rotación del viento del este al oeste. Lamentábamos que ahora tendríamos una desfavorable brisa de popa, la ceñida dió ventaja a la pericia del puntero, que abriría más la brecha con el empuje del franco.

La Regata

Las regatas, como toda carrera termina en la llegada y más aún, en el debate de la Comisión o de la mano del Dios, que detrás de la Comisión, la trama define.

La suave brisa seca y polvorienta pronto se transformó en fuerte borrasca. Estábamos en el frente de un Pampero.

La somera escuadra recibió el impacto y el efecto inicial fue dispersarla más. Algo así como una recreación historicista de la Armada Invencible. Los primeros adelantaron, los últimos tenían la boya de proa en una ceñida más exigente.

La navegación franca implica abrir bien las velas, filando escotas al máximo y cobrando la botavara hacia abajo con el vang, levantar la orza, reduciendo fricciones (ya no interesa evitar la deriva, pues de eso se trata) y, eventualmente izar spinnakers.

Pero, con tal viento fuerte y arrachado, había que reducir velas. Preservar la jarcia y asegurar la embarcación de las fuertes escoras. Si todos lo hacíamos (si podíamos hacerlo en esas condiciones severas) se mantendrían las relativas.

Otra decisión a tomar, mantener paño y bancarlo, con el riesgo de tumbar o desarbolar, o ambos, perdiendo la regata, o bien, hacer lo más prudente y seguro, tomar rizos. Caño ponía la técnica refinada, adquirida en el Olivos Yacht Club, el Gallego brindaba su racional juicio, Yo aporté la otra parte, un poco más emotiva. Nos jugamos. Custer decía que el primero era el victorioso y el segundo era nadie (así murió). Tal vez ganar o salir segundos. El tercero ya había volcado, como buena parte de la flotilla. Éramos sólo dos para seguir, dos para definir, e íbamos segundos.

La prudencia y la tranquilidad de nuestros matalotes los llevó a achicar trapo, tomaron las dos manos de rizo y orzaron levemente, para recibir al viento de la aleta. Teníamos la chance del desafiante, la única, usar la estrategia opuesta.

Filamos tanto como pudimos. A falta de vang el Gallego se colgó de la botavara, con el cuerpo fuera de la borda y los pies en la regala. Yo abrí el foque a la banda opuesta, armando las orejas de burro, mientras el Caño aseguraba con el rumbo que el viento entrara por crujiá.

Levantamos la orza e incluso, balanceábamos el barco, como en momentos de calma.

El palo de madera se curvaba como un arco a punto de escupir su flecha, en rítmicos bombeos. El penol de la botavara se levantaba buscando el tope del mástil, sólo impedido por el peso del Gaita, entonces sustancialmente más flaco. Todo estaba por estallar o rifarse. Las escotas zafaban de las mordazas y quemaban en las palmas. La estela era imponente, íbamos muy rápido.

Las distancias se cerraron rápidamente. Los infantes más antiguos no daban crédito a nuestra maniobra, impotentes, cobardes o sorprendidos, no esperaron nuestra hábil acción. Hasta nos gritaban advertencias: “¡guarda el palo!”, “¡los obenques!”, “¡locos!”.

El hecho objetivo es que los pasamos.

Desde la esquina de “la bita” el Chule bramaba instrucciones, megáfono de lata en mano, siempre bramaba, de modo que ya no le poníamos mucha atención. Con su cana cabellera al viento, solapas del gabán levantadas sobre la blanca polera de lana, de cara a la tormenta, gritaba, señalaba, describía en enérgica mímica maniobras nelsonianas, hacía sonar su silbato marinerero en largas composiciones de pitadas cortas y largas en dos tonos (nadie las entendía, eran de otros tiempos, como él). Estaba en su salsa, le encantaba todo eso, era su vida, éramos sus pollos.

Cobijados del chubasco bajo los primaverales brotes de los árboles, la masa eufórica bramaba ante el espectáculo, mientras los remanentes del desquicio nos acercábamos a la meta. Incluso la Plana Mayor gesticulaba fervorosamente, subían y bajaban rítmicamente sus brazos en clara señal de adoración a nuestra triunfal táctica. Hinchados de orgullo, hicimos la llegada pasando bien cerca del muelle sur, junto a nuestro público. La barra de la XXX nos acompañaba corriendo a la par, flameando las banderas de cebras, hasta el puesto 2. Allí se detuvieron. Allí estaban los oficiales y el Director.

También posamos para ellos, abotonando los gabanes y arranchando el bote, nos peinamos con la mano. Pronto recibiríamos las muestras de veterana admiración, los elogios de esos profesionales del mar. Asegurábamos la Roseta Marinera.

Filamos más todo, curvamos más el palo, adrizamos. Faltaba la foto de Címbalos.

Extraña sorpresa nos provocaron los primeros alaridos de “animales”, “bruta-bestias”, “burros”, que alcanzamos a distinguir en tono más grave y severo desde la guardia. “¡Arríen las velas!”, “¡Diríjense al embarcadero!”, “¡Me vienen a ver de inmediato!”.

El modo y el tono no parecían corresponder a los del premio merecido. Nuestro Jefe de Año no tenía el semblante alegre, menos el Director. Creo que el único que sonreía, al costado de todos, feliz de su bestial cría, era el moreno Chule.

Arriar y dirigirse a algún lado a palo seco son órdenes claramente incompatibles en el mundo naval. Una no puede cumplirse, obviamente, optamos por dirigirnos al lugar indicado a todo trapo. Percibimos entonces una tribuna más silenciosa y ordenada, se dieron órdenes de retirada, incluso había pitadas entrecortadas de movimientos vivos.

Un Chiesa menos atildado nos estaba aguardando en el pontón. Wrotniak, de apellido indescifrable pero carácter germano, acompañó su gesto firme con lacónicas órdenes de desembarcar y formar en tierra (¡éramos tres! menuda formación sería). Evidentemente, no habría medallas.

La reprimenda del Jefe de Año fue escueta, severa en volumen pero ambigua en contenidos.

No esperábamos una lección de filosofía, pero no alcanzamos a entender las dualidades del breve discurso. Muy semejantes elucubraciones he seguido escuchando hasta el presente.

Invocaciones a la prudencia con exaltación del coraje, desaprensión al temor y evaluación del peligro, “riesgos calculados”, decisión con cautela, etc.

Previendo una segura sanción disciplinaria, pretendimos apaciguar el ánimo inflamado de nuestro jefe, con firmes y reiterados “¡Comprendido Señor Teniente!”, que garantizaban que entendíamos la lección y habíamos recapacitado sobre nuestra grave falta (¿...?).

La alocución fue rápidamente terminada con la orden que conllevaba la pena: “Quedan descalificados y ahora, en vez de ir a merienda, vuelven con el Señor Profesor a rescatar a los naufragos y adrizar los barcos tumbados” ... “¿Entendieron bien, no?”.

Un “¡Señor Teniente!” como respuesta unánime, media-vuelta-izquier y ruptura de marcha, para correr nuevamente al pontón, antes de explotar en carcajadas. Nos perdíamos la leche... sobre todo ese día que había medialunas y potecitos de dulce de leche. Excepto por la descalificación, parecía una reprimenda de mamá.

El rescate

Así empezó esa otra fase de los ex-victoriosos regatistas, ahora faginados, con el refuerzo de alguna leva de Ayudante de Guardia.

Mientras la señorial embarcación del Director recorría los despojos del temporal, asegurando el rescate de los involuntarios nadadores, nosotros, los reos a cargo del más novel profesor, intentaríamos con una chalupa a motor, adrizar los barcos tumbados y remolcarlos a muelle o ponerlos a son de navegar. Tarea sencilla pero trabajosa.

Apreciamos en ese momento, la dimensión del frente de tormenta que sufrimos y lo afortunados que habíamos sido. Ni hablar de pericia ...

Entendíamos que había dos clases de veleros muy difíciles de tumbar: el Grumete (hay recompensa de la reina de Inglaterra a quien lo logre) y la ballenera (para esta no hay premios). Sólo cuando en una formación nocturna escuchamos azorados la lectura de un parte grave de 3º año al cadete matrícula 222 Varela, “Por extraer el tapón de espiche de una ballenera, poniendo en peligro a sus camaradas y al Sr. Profesor” (quién sino Soulé podría ser el sancionante), entendimos, entre risas, que esa embarcación podía hundirse,

no recordábamos en aquellos días la historia de los cazadores de cetáceos del Pequod contra Moby Dick.

Para nuestro asombro, y eterna mofa, como una ballena gris de erizada aleta. una de las nuevas balleneras plásticas asomaba a superficie su lomo rígido. Varias conocidas y poco afables caras asustadas de los bravos de 3º Infantería de Marina, salían del agua, nadando alrededor. ¡Habían logrado lo que nunca antes ni después ví en mi vida en el mar! Tumbaron una ballenera, y con vientos de popa... ¡tremendos inútiles!

Ya no tendrían autoridad sobre nosotros, no tendrían cara ... pensamos ingenuos.

Pálidos de frío y ateridos de vergüenza, los subimos de a uno a la chalana, e hicimos un pronto cambio. Un marinero los llevaría a tierra firme, a secarse y abrigarse, mientras los penados, con el profesor (¿estaría igualmente castigado?), adrizaríamos la mole.

Así que, manos a la obra.

Pasamos a la obra viva, ahora muerta, de la ballenera y con la misma técnica aplicada a los pequeños barcos chicos lo adrizamos con bastante paciencia, dos parados en la orza, tomados de los obenques de la mayor y otro desde la popa, tirando de los obenques cortos del mesana. Casi ni nos mojamos, hasta ese momento.

Achicar fue otra historia, no había forma de no empaparse, y lo que empezó como salpicaduras accidentales terminó en una guerra de baldazos y esponjazos. Wrotniak no pudo detener la feroz batalla, pero al menos se preservó indemne. En nuestro espíritu adolescente, todo se convertía en diversión, particularmente cuando quebrábamos las reglas.

Algún alma poco caritativa e injuriosa me atribuyó el inicio de las hostilidades y la sentencia inmediata del profesor fue que me arrojaran por la borda. La orden era abusiva, no estaba en sus atribuciones, darla le restaba la equidad de un justo juez.

Merecía cierta piedad ...

Luego de infructuosos pedidos de clemencia, de vanas promesas de armisticios, la orden de ejecutar la condena fue reiterada. Cambié la estrategia, amenacé, tomaría represalias.

No se ajustan a derecho pero si a la costumbre de la guerra, es decir, se aplican. No me gustaría con una multitud de fornidos compañeros (no tendría oportunidad), lo hice contra el profesor (ahí tendría como mínimo la neutralidad o cooperación de la plebe). Seguro en la intangibilidad de su cargo, burlescamente despreció mis juramentos.

¡Tírenlo por la borda!

Me tiraron, alcancé a desprenderme del gabán.

Simulando un enojo indómito, apoyado en mi tradicional mote de “Duro” o “Tosco” y en los ancestros vascos de mi apellido materno, reembarqué resoplando. Cumpliría mi promesa...

Con su sed de venganza ya calmada, a los demás condenados a fagina no les interesaba particularmente la defensa de un superior, muchas veces severo como Wrotniak, así que mantuvieron una pasividad cooperativa, obstruyendo involuntariamente las vías de escape del profeta ante mi embestida. Tampoco creían cierto que lo tirarían. Nadie lo había hecho jamás, era un Señor Profesor.

Pero Wrotniak, que ya había sido nuestro entrenador de la escuadra de handball, con la que habíamos obtenido varios triunfos notables y nos había invitado a tomar el té a su nuevo H-20 en el club de Ensenada, había cerrado distancias jerárquicas. Rápidamente se transformó en parte de la chanza.

Encerrado en el castillo de proa, empezó a dar fiera resistencia con un forcejeo en el que demostró fortaleza y habilidad. Pero el barco termina siendo chico e inestable, caeríamos los dos, y yo estaba hecho sopa, nada perdía otra vez cayendo.

Le concedimos la gracia de entregar la Libreta de Calificaciones y las zapatillas antes de caer. Y lo empujé definitivamente.

La Regata

La piedad no duró mucho y volaron tras él sus calzados.

Mojados todos, riendo a carcajadas, nos permitimos una última extorsión. Viendo las notas de la seca libreta, exigimos una suba de notas a cambio de su preservación. Recién entonces, le dimos una mano para izarlo a bordo.

El tema no trascendió en el Liceo, debíamos preservar nuestra integridad y el Profesor su prestigio. Quid pro quo. Sería una merma en su fama, a la par que seguro Consejo de Dirección por irrespetuosidad, vías de hecho contra el Superior o amotinamiento para nosotros.

No teníamos mayor idea de las connotaciones de esos delitos militares, los nombres sonaban drásticos y merecían la pena mayor (baja del instituto), pero al fin y al cabo eran cuestiones bien viriles, que desafiaban la autoridad y el sistema disciplinario, no estaban tal mal vistos, era casi una baja honrosa. Otra cosa era crear situaciones confusas, copiarse o mentir; eso sí era de cobardes y lacras, despreciable.

De cualquier modo, hubo un pacto tácito.

Nunca vimos el cambio en los boletines.

Tampoco apreciamos el agradecimiento de 3° IM, ni su clemencia.

No se puede confiar en canallas...